Es menester decirlo para gloria de la humanidad. El siglo XIX tiende á entrar en una nueva vía: ha comprendido que también ha de haber leyes y tribunales para los pueblos y que los crímenes de nación á nación, aun cuando en mayor escala, no son menos odiosos que los cometidos de individuo á individuo.—QUETELET.

Todos los hombres tienen el mismo origen, todos deben ser sometidos á la misma ley y todos están destinados al mismo fin. He aquí por qué debéis tener una sola religión, un solo objeto en vuestros actos, por qué debéis combatir bajo una sola bandera. Los actos, las lágrimas y el martirio son el lenguaje común de toda la humanidad y que todos comprenden.—MAZZINI.

No; é invoco á este fin el testimonio de las protestas de conciencia de todo hombre que haya visto correr ó hecho correr la sangre de sus conciudadanos; no hay ni una sola cabeza capaz de llevar encima un fardo tan pesado de tantos crimenes. No bastarian ni siquiera tantas cabezas como combatientes tomaran parte en la batalla. Para ser responsables de la ley de sangre que ejecutan, justo sería que al menos la hubiesen comprendido bien. Pero las instituciones mejores no serán ellas mismas sino muy pasajeras; porque, lo digo nuevamente, los ejércitos y la guerra no tendrán más que un tiempo, pues á pesar de las palabras de un sofista, á quien combatí yaen otra ocasión, no es verdad que, ni aun contra el extranjero, la guerra sea divina; no es verdad que la tierra esté ávida de sangre. La guerra está maldita por Dios y por los mismos hombres que la hacen, los cuales sienten por ella un secreto horror, y la tierra no grita al cielo sino para pedirle el agua fresca de sus flores y el rocio puro de sus nubes. - ALFREDO DE VIGNY.

El hombre no está hecho para mandar, como no está hecho para obedecer: con estas dos costumbres inversas, las razas se estropean inversamente. Aquí, la estupidez; allí, la insolencia; en ningún sitio verdadera dignidad humana.

—Considerant.

Si mis soldados comenzasen á pensar, ninguno permanecería en las filas.—Federico II.

Hace dos mil años lo dijo Juan Bautista, y después de él Jesucristo dijo á los hombres:

«El tiempo ha llegado, y el reino de Dios se acerca. Enmendaos y creed en el Evangelio. Mas si no os enmendáis, pereceréis todos como ellos.»

Pero los hombres no le obedecieron, y próxima está la pérdida que predijo; y nosotros, los hombres de hoy, no podemos dejar de verlo. Perecemos ya, y por eso nos es imposible desoir ese medio de salvación, viejo para el tiempo, pero nuevo para nosotros. No podemos dejar de ver que además de todas las desgracias que se desprenden de nuestra vida mala é irracional, nada más que los preparativos de guerra y las guerras inevitables que siguen deben perdernos fatalmente.

No podemos dejar de ver que todos los medios propuestos para librarnos de estos males, inventados por los hombres, son y deben ser ineficaces, y que la miseria de los pueblos que se arman unos contra otros no puede dejar de crecer.

He aquí por qué las palabras de Cristo

refiérense más que nunca á nosotros y á nuestro tiempo.

Cristo ha dicho: «¡Enmendaos!»

Es decir, que cada cual se detenga en su actividad comenzada y se pregunte: «¿Qué soy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?» Y despues de haber respondido á eso, que cada cual decida si sus actos están de acuerdo con su destino.

Sóló que es menester que cada hombre de nuestro mundo y de nuestro tiempo (es decir, el hompre que conozca la esencia de la vida cristiana) se detenga por un instante en su actividad y olvide lo que los otros crean que es. Y así sea emperador, soldado, ministro, periodista, se pregunte seriamente lo que es, en qué está su destino, y entonces pondrá en duda la utilidad y la razón de su actividad.

Cada hombre de nuestro tiempo y del mundo cristiano, debe decirse: «Antes de ser emperador, soldado, ministro, periodista, soy hombre, es decir, un ser limitado, enviado por Voluntad superior á un mundo infinito, en tiempo y en espacio, para permanecer en él un momento, y luego morir, es decir, desaparecer. He aquí por qué el objeto personal, social y hasta humano, que yo pueda procurarme, ó los que los hombres me pueden proponer, dada la brevedad de mi vida y la eternidad de la Vida del universo, son mínimos y deben ser subordinados á ese fin superior, para cuyo logro fuí enviado á este mundo. Este objeto final, por lo mismo que soy limitado, me es inaccesible; pero existe (como debe existir el objeto de todo lo existente), y mi papel es ser el obrero de Dios en el cumplimiento de su obra.»

Y después de haber comprendido así su destino, cada hombre de nuestro mundo y de nuestro tiempo, desde el emperador al soldado, no pueden mirar de otro modo los deberes que él mismo ó los otros hombres le impusieran.

El emperador debe decirse: «Antes de verme coronado, antes de ser reconocido emperador, antes de comprometerme á cumplir mis deberes de jefe de Estado, en el mero hecho de que vivo, debía cumplir lo que quería de mí esa Voluntad superior que me envió al mundo. Tales exigencias,

no sólo las reconozco, sino que hasta las siento en mi corazón. Consiste esto, según se expresa en la ley cristiana que profeso, en someterme á la Voluntad de Dios y en cumplir lo que de mí quiere: que ame á mi prójimo, que le sirva, que obre con él como quisiera se obrase conmigo. Dirigiendo á hombres, ordenando violencias, suplicios, y cosa más terrible, guerras, ¿hago lo que ha de hacerse? Dícenme los hombres que debo obrar así; y dice Dios que debo proceder de otro modo. He aquí por qué en vano se me afirma que yo, jefe de Estado, debo exigir la violencia, la percepción de los impuestos, los suplicios, y sobre todo las guerras, es decir, el asesinato de mi prójimo; ni quiero, ni puedo hacerlo.»

Y eso es lo que debe también decir el soldado, á quien se inculca que debe matar hombres; y el ministro, que cree deber suyo preparar la guerra, y el periodista, que se encarga de excitarla, y cada hombre que se pregunta lo que es y cuál es su destino.

Y así que el jefe de Estado cese de dirigir la guerra, el soldado cesará de guerrear, el ministro de preparar los medios de pelea, los periodistas de provocar el combate; y entonces, sin ninguna nueva institución, adaptación, equilibrio ni tribunales, se destruirá por sí misma esa situación sin salida, en la cual se colocan los hombres, no sólo respecto á la guerra, sino con todas las calamidades que ellos mismos se im-

ponen.

Por extraño que esto parezca, la liberación más segura, la más evidente de todas las calamidades y á la vez la más horrible, ó sea la guerra, sería extinguida, no por medidas generales exteriores, sino por este simple llamamiento á la conciencia de cada individuo, que mil novecientos años atrás propuso Cristo. Que cada hombre se pregunte quién es, por qué vive, qué debe hacer y qué no debe hacer.